

SANTA TERESA Y ANTONIO MACHADO

Por Rodrigo Alvarez Molina

Conferencia pronunciada en la Fundación Universitaria Española, el día 12 de noviembre de 1981

Querría dar las más expresivas gracias a D. Pedro Sainz Rodríguez por haberme invitado a tomar parte en este acto dedicado por la Fundación Universitaria Española a recordar a dos grandes almas, a dos españoles insignes: a Santa Teresa de Jesús y Antonio Machado. Es para mí una satisfacción reconocer públicamente la labor que realiza D. Pedro en el campo de la mística, de la historia y del humanismo hispánico dentro y fuera de nuestras fronteras. Los investigadores en estos campos han encontrado en él siempre la más generosa acogida.

Mística es una palabra a la que la suerte ha sido adversa. Nacida para significar y tratar asuntos fundamentalmente sagrados, se ve sometida al vaivén de unos tiempos que se distinguen por su confusión ideológica. Desde ahora me gustaría hacer constar que me siento satisfecho de hablar a un auditorio que tiene ideas claras sobre el significado tradicional del vocablo mística.

Hace muchos años que llevo a Avila en el corazón. En 1935 marché a aquella ciudad castellana para estudiar teorías gramaticales bajo la dirección de D. Felipe Robles Dégano. Aleccionado por este profesor y gramático en la lectura de los místicos españoles, empecé a descubrir y a comprender mejor nuestra lengua española. Me edifiqué entonces una Avila para mí, aquella en que viví durante unos meses dedicado al estudio de Nebrija, de Andrés Bello y de otros. Más tarde, cuando los azares de la segunda guerra mundial me trajeron a Madrid el año 1941, me enteré de que el filósofo español Jorge Ruiz de Santayana, vivía en Roma, en el retiro de un convento de monjas; que no quería, como algunos hombres de la Generación del 98, que le hablaran de religión y que no obstante llevaba escrita en un papelito que guardaba en su cartera esta cita de San Juan de la Cruz: "Un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo, y así sólo Dios es digno de él". (Santayana tradujo al inglés la cita de esta manera: "A single human thought is worth more than all the world, and so God alone is worthy to be its object". Vid. David Rubio: *La Angustia de Hamlet y una carta de Jorge Santayana* Madrid, Selecciones Gráficas, 1954).

Desde aquellas un tanto lejanas fechas, y sobre todo desde que en 1961 comencé a explicar regularmente un curso graduado sobre literatura espiritual española en la Universidad de Nueva York, me convencí de que era un

error no dar más importancia en el *curriculum* académico a los escritores espirituales españoles de nuestra Edad de Oro, ya que ellos contribuyeron decisivamente a universalizar nuestra lengua y a dar relieve particular a las aspiraciones más delicadas del alma hispánica.

Ningún momento —creo yo— más propicio que el presente para hablar sobre un tema como el que hemos escogido. Hoy se recurre a todos los medios para suprimir, o al menos calmar, la ansiedad, la angustia existencial, y se pasan largas horas ante el televisor para suprimirla. Cuando un fenómeno es tan universal como es el de la ansiedad, es difícil medirlo y clasificarlo. El hombre no sería humano si no lo sintiera. (Cf. Paul Tillic: *Courage to be*. Yale University Press, 5ª ed., 1954. Tillic estudia la trayectoria de *die Angst* desde Platón hasta nuestros días).

Otras épocas se distinguieron por trastornos nacidos de la inseguridad: las grandes diásporas que siguen a la caída del Imperio Romano; las dudas y las discusiones suscitadas por los descubrimientos de Galileo y Copérnico; la revolución industrial... Hasta cierto punto, sin embargo, nuestra época, el siglo XX, el siglo de los Estados Unidos de Norteamérica, ve la culminación de todos estos trastornos y se han llegado a creer que la paz y la guerra, el hambre y la prosperidad, el bienestar de los pueblos, de Africa o de la América hispana, por ejemplo, dependen de ellos. A esta situación se enfrentan en un estado de confusión... El orden y la finalidad del universo, sin embargo, no dependen de ellos, como no dependieron de los místicos españoles. Más éstos, conocedores de la naturaleza humana, no recurrieron al hombre como a un cosmos sin significado, sino al reino misterioso del espíritu, al que transfirieron la responsabilidad de sus actos, encontrando así remedio a las hondas preocupaciones de su tiempo.

Esta tarde me propongo estudiar las posibles relaciones, la presencia de la obra de Santa Teresa de Jesús en la obra de Antonio Machado; pero al mismo tiempo me gustaría ofrecer en la lectura de los espirituales españoles un remedio a los que sufren sin ser comprendidos del temor de la nada, de ese temor que Paul Tillic ha llamado “el temor del no ser”.

La literatura espiritual o mística puede estudiarse desde varias perspectivas. La mía consiste en tratar de indentificar, de estudiar las formas lingüísticas que sirven de cauce a la narración de sus experiencias personales. El lenguaje de los místicos en sus momentos más inspirados pone al descubierto el drama de la existencia, que sorprendemos en la intimidad de su espíritu; en los momentos de elevación y de debilidad; en los momentos de tristeza, de gozo, de temor o pena del corazón humano. *Sus escritos hablan, dicen sobre todo de amor.*

Los místicos experimentaron en carne propia la ansiedad de “la noche del espíritu”; pero su pausado o agitado caminar muestra que estaban persuadidos de que una fuerza superior, mística, les asistía, y así pudo Teresa de Jesús esperar cantando la llegada de la Hermana Muerte.

I

Antonio Machado, Reformador

¿Es posible que Santa Teresa esté presente en la obra de Antonio Machado? — me preguntaba hace poco un estudiante norteamericano.

Cuando a principios de los años 60 traté por primera vez el tema que nos ocupa, la crítica pareció sorprenderse un poco por mis observaciones. Hoy ya se han rectificado nociones prejuzgadas y motivadas en gran parte por la pasión política. Bernard Sessé, en su obra (traducida al español y publicada por Gredos en 1980) garlardonada con el premio internacional Antonio Machado, recoge gran parte de lo que yo había publicado hasta esa fecha; me cita y comenta mis estudios, aunque no con la objetividad que exige un estudio de la importancia del suyo. No nos debe extrañar que la crítica en torno a la obra de Machado se haga cada vez más depurada, ya que su pensamiento y el lenguaje con que está expresado declaran una auténtica curiosidad por los problemas que afectan al hombre.

Nunca he logrado explicarme satisfactoriamente el atractivo que ejerce la obra, sobre todo la poesía de Antonio Machado en sectores muy diversos. He buscado, sí, insistentemente su significado, mas sus esencias poéticas se me escapan de entre las manos, por decirlo de alguna manera, sin que el propósito que me había trazado antes de emprender la lectura, se realizase. Muchos críticos parecen haber tenido la misma experiencia. Escritores de la categoría de Pedro Salinas, de Dámaso Alonso, de Ramón de Zubiría, Ricardo Gullón, han entrado en el mundo poético de D. Antonio, han deambulado, por decirlo de alguna manera, en compañía del poeta por sus *Galerías*, tratando de descifrar el secreto de su arte. Los esfuerzos de los críticos, aunque alentadores, no han agotado el tema. Yo creo que nos acercamos al poeta castellano, de Soria, sin tener en cuenta el papel que desempeña, que representa, que le corresponde dentro de su época. La Dra. María Dolores Gómez Molleda en su libro *Los reformadores de la España contemporánea* (CSIC, Madrid, 1966, pp. 364 y ss.) dice que si se examinan detenidamente las ideas de Antonio Machado, “se descubrirá un *programa de renovación* cuyos postulados podrían ser estos: individualismo, secularismo puntualizado, crítica de las normas rutinarias, afán por crear un orden nuevo, utilización de nuevas técnicas para la investigación de las ciencias aplicadas y una nueva sensibilidad para el estudio de la filología y artes hispánicas”.

“Todos los rasgos de la Generación del ‘98 —ha dicho un crítico— están en la poesía de Antonio Machado: la revalorización del paisaje, especialmente del paisaje castellano, la angustia del tiempo, el problema del ser y del destino de España, el escepticismo, la supremacía del espíritu sobre la técnica...” (José Luis Cano: *Antonio Machado: Antología*, Anaya, Salamanca-Madrid, 1969, p. 17).

Subscribo en su totalidad las palabras citadas, pero querría hacer hincapié en lo que distingue a D. Antonio de sus contemporáneos: en su tendencia en buscar la concordia, esa cualidad que permite al hombre de valor encerrar armónicamente los contrarios; su búsqueda de la unidad en la variedad, variedad matizada y razonada. Machado a la manera del “juglar” de la Edad Media transmite y proyecta a sus contemporáneos la imagen de su pueblo. Cuando la imagen se proyecta sólo con fines literarios la tensión producida en el oyente, aunque pueda ser creadora, es más bien de carácter pasivo. Pero cuando la transmisión es de carácter oral, popular, la tensión producida es más profunda. Esta literatura es de carácter popular, está destinada a ser oída; en su carácter objetivo tiene presente especialmente el auditorio a quien se dirige. El poeta se convierte así en instrumento de comunicación de

los sentimientos del pueblo. Es el oyente el que hasta cierto punto "hace" la poesía. Lo que se propone el poeta es convencer para REFORMAR. Para probar que Antonio Machado quiere, anhela reformar al español de su tiempo, me voy a referir a algunos momentos de su vida y obra.

En 1964 Heliodoro Carpintero rescató del olvido un prólogo que el poeta castellano había escrito en 1914 para el libro de su amigo Manuel Ayuso, titulado *Helénicas* (CSIC, Madrid, 1964, pp. 167-183). En este prólogo expone Machado una serie de ideas que permiten conocer las razones que le impulsan a sentir simpatía por el autor del libro pologado. Las cualidades que más sobresalen en Ayuso —dice Machado— son su valentía, su encanto y sencillez y actitud idealista y sobre todo —y esto hay que subrayarlo— su espíritu reformista que hacen de él, de Ayuso *un inquietador de espíritus*.

Lo que me interesa destacar en este momento es la reacción de los habitantes de Soria a las actividades políticas de Manuel Ayuso. La actitud de los sorianos —escribe con perspicacia Machado— a las "peroratas" que Ayuso pronunciaba siempre que su vocación política le obligaba a desplazarse de Madrid a la altiplanicie castellana. El amor de Ayuso por su tierra, Burgo de Osma, y por sus paisanos no era correspondido; se le estimaba como a joven aventajado, "pero su ardiente idealismo —dice don Antonio— e ímpetu generoso y batallador se consideraban insensatos". Los amigos del político-poeta criticaban su excesiva generosidad —era hijo de una familia distinguida y acomodada de Soria— y demostraban ser incapaces de comprender la renuncia a la respetabilidad que legítimamente podía aspirar. Pensaban —dice Machado— que Ayuso estaba predestinado a ser el cacique de la región y no le perdonaban su entrega extraña, de loco, a la tarea de combatir el caciquismo. Lo que verdaderamente impresionaba a Machado en los discursos de Ayuso era "su donquijotismo resuelto", idealismo ferviente, ya que para él esas cualidades constituyen el distintivo de los caracteres enérgicos.

En 1914 Antonio Machado empieza a ver un cambio en el ambiente socio-político español, que recoge en estas palabras: "Han pasado algunos años, y hoy amanece por aquellas tierras (sorianas) un ansia de conciencia y de porvenir que dará sus frutos". Para Machado lo importante es el hombre. "El hombre digo y no el poeta, porque poeta llamamos hoy a mucho profesional de la rima. Pero al deciros que (Ayuso) es un hombre el que os ofrece sus versos, claro digo que estos versos son poesía, porque ellos han de revelar un alma capaz de pensamiento y de pasión... Manuel Ayuso no es profesional. De la política, de la filosofía, de su contacto con el pueblo, de sus luchas con los caciques, de sus viajes a través de las tierras de España, de su alma y de su vida, su suma, saca Ayuso la materia que transforma en poesía. De esta vida, rica y fecunda, de esta noble vida de hombre, no de poeta —porque una vida de poeta no es absolutamente nada—, ha salido, entre otras cosas el hermoso libro (*Helénicas*)..." Garcilaso de la Vega y Jorge Manrique hicieron otro tanto: "éste escribió sus coplas inmortales, y Garcilaso sus bellas églogas. Pero ni Garcilaso ni don Jorge se dedicaron a la lírica, sino a la guerra". Machado observa proféticamente: "Cuando se cierre el ciclo, próximo a fenecer, de la barbarie erudita, se explicará Garcilaso y sobre todo el inmenso Manrique, por su vida de soldado y no por influencias literarias que ambos padecieron." (Lo subrayado es nuestro. D. Dámaso Alonso en *Cuatro Poetas Españoles*, Gredos, Madrid, 1962, hace hincapié en la importancia de la in-

tuición versus erudición).

Las observaciones de Machado a *Helénicas*, de Ayuso, me impulsan a llamar la atención sobre el papel que el poeta asume, representa, en su época. No obstante las tensiones de carácter político reflejadas en la crítica, la personalidad del autor de *Campos de Castilla* interesará siempre por su concepción humanística del mundo. Esto es lo que nos revela el prólogo que comenta. Precisamente en este mismo prólogo Soria está vista como ciudad mística:

Ayuso, en Soria, se me agigantaba; y no, ciertamente porque aquella comarca sea tierra estéril para el espíritu. No, aquella altiplanicie numantina ha sido fecunda madre de místicos, de poetas, de pensadores. Por allí debió nacer el juglar anónimo que compuso la Gesta del Myo Cid; de aquella tierra fué el padre Láynez, a quien debe la Compañía de Jesús su formidable organización política y eclesiástica; de allí, sor María, la monja de Agreda, que gobernó en España con el IV Felipe; y todo el movimiento filosófico moderno español, al margen de la escolástica, arranca de un pensador ilustre, hijo de la tierra soriana, de don Julián Sanz del Río, a quien debe su verticalidad —según frase del maestro Giner— la mitad, por lo menos, de los españoles que andan hoy en dos pies.

¿No se presenta aquí Antonio Machado como el juglar de Castilla, no sólo ya como el crítico generacionista, sino como el apasionado exponente, transmisor de un pasado histórico? De éste —creía él— irradiaría la luz necesaria para reformar y así elevar a su patria.

El poeta de Soria revela en sus escritos una cualidad poco visible en la crítica de nuestros días: la *humanitas* del escritor renacentista, virtud que inculca la magnanimidad, la generosidad de espíritu, para poder comprender, sin amortiguar la verdad, las actitudes dispares. Es lógico esperar que nuestro poeta comente con frecuencia a Miguel de Unamuno, a Azorín, a Ortega y Gasset y a Pío Baroja, pero no enmudece ante su fuerza humana. La intuición serena del poeta sobre los más altos problemas éticos de España contrasta con los juicios de esos escritores. En consecuencia, los comentarios dedicados a San Juan de la Cruz, fray Luis de León, Milá y Fontanals, Menéndez Pelayo y, sobre todo, a Santa Teresa revelan una concordia innata de espíritu; parece como si se sintiera impulsado a armonizar, a unir —aun sin estar totalmente de acuerdo con ellos— a todos los que considera valores positivos de España. Los juicios de Antonio Machado sobre los escritores citados revelan a una de las almas mejor dotadas de la Generación del '98.

De aquí que no vacile en citar a San Juan de la Cruz en apoyo de su teoría sobre las imágenes o metáforas, o recursos de estilo, teoría distinta a la de Mallarmé:

Los buenos poetas —dice Machado— son parcos en el empleo de metáforas, a veces son verdaderas creaciones. En San Juan de la Cruz —acaso el más hondo lírico español— la metáfora nunca aparece sino cuando el sentir rebosa del cauce lógico, en momentos profundamente emotivos. Ejemplo:

En la noche dichosa,
en secreto que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz ni guía,
sino la que en el corazón ardía.

La imagen —continúa Machado— aparece por un súbito incremento del caudal del sentir apasionado, y una vez creada, es ella a su vez creadora y engendra, por su contenido emotivo, la estrofa siguiente:

Aquesta me guiaba
más cierta que la luz del mediodía...

¡Cuán lejos estamos aquí de la abigarrada imaginación —dice Machado— de los poetas conceptuales y barrocos que aparecen más tarde, cuando en realidad la lírica ha muerto ya! (“Sobre las imágenes en la lírica”, “Al margen de un libro de Vicente Huidobro”, OBRAS, p. 708-709).

En 1936, durante nuestra guerra civil, al comentar el libro de Marcel Bataillon *Erasmus en España*, dedica elogios muy expresivos a San Juan de la Cruz, fray Luis de Granada y San Ignacio de Loyola, publicados en *Consejos, sentencias y donaires a Juan de Mirena*.

II

Santa Teresa en la obra de Antonio Machado

Hemos visto en la primera parte de esta conferencia cómo Antonio Machado está animado de espíritu reformador y cómo se afana por actualizar los valores que dan realidad al nombre español. Esto se debe a que el entorno cultural y político en que vive se encuentra en un estado poco menos que agonizante. ¿No sentiría entonces el deseo de estudiar la obra de nuestros autores espirituales, de los escritores místicos de la Edad Dorada, para recibir su mensaje? ¿No se acercaría a santa Teresa de Jesús en busca de aquello que él anhelaba y de que carecía? “Algo inmortal hay en nosotros —decía el poeta en carta a don Miguel de Unamuno. Tal vez por esto Dios vino al mundo... pensando en esto me consuelo algo... Una fe negativa es absurda...” Pero dejemos hablar a Machado antes de abordar la segunda parte de la conferencia. El poeta reseña *Las Meditaciones del Quijote* de don José Ortega y Gasset y habla de Santa Teresa al parecer de una manera casual:

... Cervantes es, en un primer plano de su obra (el plano del lenguaje) la antítesis de Teresa de Avila. En la santa, lo rico no es el lenguaje, sino lo que pretende expresarse con él; la materia con que labora Teresa es su propia alma; la materia cervantina es el alma española objetivada ya en la lengua de su siglo. Es en vano buscar en Cervantes, rebuscando en su léxico, con criterio filológico y gramatical. La lengua hablada en España, con su castizo contenido mental, es la materia en que Cervantes ha trabajado; no es su obra como una estatua, sino las líneas ideales que en mármol fue trazando su cincel...

“*La materia con que labora Teresa es su propia alma...*” La reacción experimentada al entrar en contacto con el poeta de Soria, en ciertos momentos de su obra, apenas puede aquilatarse; traspasa los límites del arte. Se asemeja a un fuego siempre encendido. Al leer esos pasajes, sentimos como si de ese haz de flechas de que nos hablara el poeta en sus *Páginas escogidas* de 1917, se hubiera disparado una y nos hubiera herido en lo más íntimo de nuestro ser (O. C., p. 45). Y desde ese momento nos subyuga. Así me ocu-

rrió a mí cuando leí por primera vez el poema LIX de *Soledades*, “Anoche cuando dormía”. Los poemas que preceden inmediatamente a éste parecen como un prelude que nos preparan para el sueño misterioso, místico de don Antonio.

En *Humorismos*, poemas XLVI y XLVII, Machado nos deja entrever momentos críticos en su itinerario de luchas sin tregua. Los títulos de los poemas son muy elocuentes y delatan ansiedad y angustia: “El cadalso”, “La noria” y “La elegía de un madrigal” prueban nuestro aserto. Al fin exclama:

Tras de tanto camino es la primera
vez que miro brotar la primavera...

Y añade... ¡Cuán tarde ya para la dicha mía!

No obstante, sus dudas parecen aumentar, según se desprende del poema que lleva por título *Glosa* (LVIII), y recurre para disiparlas a la meditación manriqueña:

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar
que es el morir. ¡Gran cantar!

A continuación el poeta tiene un recuerdo reverente para Jorge Manrique:

Entre los poetas míos
tiene Manrique un altar...

Después reflexiona:

Dulce goce de vivir
mala ciencia del pasar
ciego huir a la mar.
Tras el pavor del morir
está el placer del llegar.
¡Gran placer!

Al volver en sí, exclama:

¡Gran placer!
Mas ¿y el horror de volver?
¡Gran pesar!

El poeta se encuentra al parecer ante una selva impenetrable; mas no desfallece en sus esfuerzos por encontrar la verdad. Antonio Machado es el gran peregrino del espíritu. Allison Peers, el hispanista inglés, lo describía en su conferencia *Antonio Machado*, pronunciada en Oxford en 1940: “The first picture of Antonio Machado... that emerges is of the grave and solitary *open-air-dreamer-thinker*. Now he occupies his solitude in toying with illusions, now weaving sombre fabrics of ennui and tristesse, *now humming the companionable song of the pilgrim*. Don Antonio se acerca a la verdad especulativa y cordialmente. La búsqueda de la verdad en su obra tiene un alcance soteriológico. Ahora me pregunto yo: ¿no será el tono de paz que permea

todo el poema que leo a continuación recompensa a ese esfuerzo?

- I. Anoché cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!
que una fontana fluía
dentro de mi corazón.
Dí, ¿por qué acequia escondida,
agua, vienes hasta mí,
manantial de nueva vida
en donde nunca bebí?
- II. Anoché cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!
que una colmena tenía
dentro de mi corazón
y las doradas abejas
iban fabricando en él,
con las amarguras viejas,
blanca cera y dulce miel,
- III. Anoché cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!
que un ardiente sol lucía
dentro de mi corazón.
Era ardiente porque daba
calores de rojo hogar
y era sol porque alumbraba
y porque hacía llorar.
- IV. Anoché cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón.

El poema está muy bien construido. Don Tomás Navarro Tomás lo describe de la siguiente manera: “está compuesto de tres octavillas de ocho versos. Estas constan de dos redondillas; la primera es descriptiva, la segunda explicativa. Su carácter es marcadamente musical, musicalidad que se logra alternando las rimas, unas veces llanas, otras agudas. Las cuatro estrofas se introducen con la reiteración “anoche cuando dormía”. La última estrofa se cierra rápidamente y consta sólo de cuatro versos contando el estribillo o reiteración. Parece como si el poeta quisiera retener en la última estrofa la idea que ha venido persiguiendo, asediando como en ondas concéntricas, en todas las estrofas: la idea de Dios.

¿Qué mensaje comunica este poema? La respuesta —se habrá de admitir— no es fácil. El profesor Lázaro Carreter (Véase “Glosa a un poema de Antonio Machado”, *Insula*, núm. 119, pp. 111-113) da una interpretación interesante al poema, pero cuando escribió su aportación no se conocía la fuente donde se había inspirado Machado. Ramón de Zubiría interpreta el poema “como un sueño, desfile de lo que creyó poseer: sobre todo la fe”. (*La poesía de Antonio Machado*, Gredos, Madrid, 1955, pp. 90-91. Hay otras ediciones).

Para mí el tríptico metafórico fontana, colmena, sol, ha sido tomado prestado de Santa Teresa de Jesús. Recuerda las palabras sencillas del *Libro*

de las *Moradas* y es como una alegoría de las tres vías místicas, la purgativa, la iluminativa y la unitiva, que señalan los escritores espirituales para describir las etapas del camino que sigue el alma para unirse con Dios. El lenguaje del poema es cristalino, típicamente machadiano, y encierra símbolos de la tradición judeo-cristiana. Estudiemos la primera estrofa:

I. Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!
que una fontana fluía
dentro de mi corazón.
Dí, ¿por qué acequia escondida,
agua, vienes hasta mí,
manantial de nueva vida
en donde nunca bebí?

He aquí lo que dice Santa Teresa en la Primera Morada: "... porque así como de una *f fuente muy clara* lo son todos los *arroyicos* que salen de ella, como es un alma que está en gracia, que de aquí le vienen ser sus obras tan agradables a los ojos de Dios y de los hombres, porque proceden de esa *f fuente de vida...* es de considerar aquí que la *f fuente está en el centro del alma* (Vid. *Las Moradas*, Edición y Notas de Tomás Navarro Tomás, Clásicos Castellanos (1933), pp. 13-15).

"... la fontana que fluía dentro de mi corazón" recuerda el salmo XXXV, versículo, 10, porque contigo está la fuente de la vida". En el evangelio de San Juan Cristo asegura a la mujer samaritana: "Todo aquel que bebe de esta agua que yo le daré, se hará en él una fuente que saltará hasta la vida eterna". Recuerdo también a este propósito el "Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por la fe" de San Juan de la Cruz:

¡Qué bien sé yo la fonte que mana y corre,
aunque es de noche!

Sobre los sueños en la obra de Antonio Machado se ha escrito mucho. Yo quiero recordar un texto de fray Luis de León en *Los Nombres de Cristo*, en "El Amado": "Esperamos en tí tu nombre y tu recuerdo, deseo del alma: *mi alma te deseó en la noche*". (*Clás. Cast.*, t. XLI, p. 119).

El cotejo de los textos hasta ahora citados nos hace ver que Machado va del "Recuerde el alma dormida" de Jorge Manrique a *Las Moradas* de la escritora abulense. ¿Qué prueba esto? Las misteriosas sendas de la creación poética y el interés que pone el poeta en descifrar el significado de lo que lee. En su "Poética", escrita en 1931 para sus "Poesías completas" dice Machado que busca una lírica "inmersa en las mismas vivas aguas de la vida —dicho sea con frase de la pobre Teresa de Jesús—". En la nota al pie de la página el poeta aclara: "La llamo pobre porque recuerdo sus comentaristas". Machado conocía no sólo la obra de la santa, sino la de sus comentaristas...

En el poema aquí estudiado se advierte que D. Antonio hace su itinerario en un estado de consciencia muy distinto al de la mística castellana. La noche de que nos habla no es la noche de prueba que experimenta el alma en la primera etapa de su ascensión, la vía purgativa; la noche del poeta es la noche real. No es, por tanto, mística en un sentido estricto; carece del don

de la fe. Fray Luis de León lo explica así: "Mi alma te deseó en la noche —dice en "El Amado". Porque en la noche que es... todo el tiempo desde el principio del mundo hasta que amaneció Cristo en él como luz, cuando a malas penas se divisaba, llevaba a sí (el Amado) los deseos, y su nombre, apenas oído, y unos como rastros suyos impresos en la memoria, encendían las almas". (Op. cit., p. 115). Es decir, que fray Luis interpreta en *la noche* como un período en que no existía la fe ni la revelación para los que vivieron sin conocer a Cristo.

Esta parte del poema, se halla envuelta en el misterio, y se expone con más precisión cuando el poeta pregunta al agua que por qué acequia, canal, o cauce escondido ha llegado hasta él si sus labios nunca se han humedecido en ella. Por otra parte, la exclamación "¡bendita ilusión!" parece indicar el deseo del poeta, una ilusión o ensoñación. "Y lo que decimos deseo —dice fray Luis de León— en el original hebreo es una palabra que dice aflicción que no reposa, y que abre de continuo el pecho con ardor y deseo". (Op. cit., p. 116) Lo cual puede querer decir que el *soñé* de Antonio Machado es más bien un ensueño o ilusión, producido por el mal de ausencia, por la nada.

Santa Teresa coloca en la primera morada, en la vía purgativa, a aquellos que animados de buenos deseos se inician en la vida espiritual. En la primera octavilla de "Anoche cuando dormía" se dice otro tanto. La fe de los principiantes es todavía débil, mas la humildad es buena base para iniciar el cerco al castillo interior y conquistar la primera morada.

Veamos la segunda estrofa:

II. Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!
que una colmena tenía
dentro de mi corazón
y las doradas abejas
iban fabricando en él,
con las *amarguras viejas*
blanca cera y dulce miel.

La santa de Avila ha empleado comparaciones muy parecidas: "... que la humildad siempre labra como la abeja en la colmena de la miel, que sin esto todo va perdido. Mas consideremos que la abeja no deja de salir a volar para traer flores; así es el alma en el propio conocimiento". (*Moradas*, p. 17). Vencidos los primeros obstáculos que le impiden el acceso a la primera morada, Machado continúa esforzándose, aunque sea en sueños, por escalar moradas más altas. Aquí, como siempre, nos aguarda la sorpresa. En las *Moradas* de Teresa las abejas fabrican la blanca cera con las flores; en "Anoche cuando dormía" la fabrican no con las flores sino con "las amarguras viejas". Esta transposición acentúa el contenido humano de esta parte del poema y el lector se siente más directamente aludido. Los viejos pesares, "las amarguras viejas", han sido las flores en que las abejas han hallado el néctar para realizar las buenas obras. También es teresiano el símbolo de la cera. "Porque —dice la santa— el alma allí, no hace más que la *cera* cuando imprime otro el sello..." (*Moradas*, p. 99). Estos sufrimientos, esta prueba, le han traído nueva luz, nuevos gozos: el poeta ha llegado a la vía iluminativa, aunque sea en sueños.

III. Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!
que un ardiente sol lucía
dentro de mi corazón.
Era ardiente porque daba
calores de rojo hogar
y era sol porque alumbraba
y porque hacía llorar.

Dejemos a Santa Teresa que nos explique el contenido de esta estrofa: "...*Es de considerar aquí que... aquel sol resplandeciente que está en el centro del alma no pierde su resplandor y hermosura que siempre está dentro de ella*". El alma debe mirar "...*cómo cosa buena viene de este sol que da calor a nuestras obras.*" (*Moradas*, p. 99).

El cerco para conquistar el castillo se ha ido estrechando cada vez más. El poeta castellano parece percibir ya muy cercanos el calor, y la luz, el amor y la verdad, aunque sea en sueños. Jesús de Nazaret había dicho: "El que me sigue no anda en las tinieblas". (San Juan, VIII, 12-59). Machado ha conseguido, al hacer la transposición del lenguaje teresiano, dar a estos versos un contenido profundamente humano. Con el gozo de haber encontrado la luz, la *Verdad*, aunque sea en sueños, se cree obligado a darnos detalles de ese sol. Yo creo que este es recurso empleado por el poeta para convencerse a sí mismo. Como arde, da calores de rojo hogar; como es sol, alumbraba y hasta hace llorar... Pero, ¿no emociona, no hace llorar el hallazgo de la *Verdad*? (Algunos críticos opinan que el "hogar" de que habla Machado se refiere al propio hogar, al deshecho por la muerte de Leonor su mujer. No estoy de acuerdo con esta interpretación; creo que el contexto nos da la razón...)

IV. Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón.

Habla de nuevo la santa del Carmelo: "...*la de aquí (la vida) era mía, la que he vivido, es que vivía Dios en mí, a lo que me parecía.*" (Santa Teresa, *Libro de su vida*, cap. II, citado por Navarro Tomás en la introducción a su edición de *Las Moradas*, p. VIII).

La fortaleza o castillo interior se ha rendido y ha sido ocupado con toda rapidez. El cerco —como hemos visto— se había ido estrechando poco a poco, han cedido las defensas y el alma se ha lanzado a la posesión de Aquel que le sirvió de apoyo en el prolongado asedio. El poeta ha abreviado hasta la estrofa; parece haberse olvidado de las metáforas para que la unión con el objeto amado se verifique sin intermediarios, de la manera más íntima. Dejemos que Teresa de Jesús nos lo explique otra vez: "Ya no tiene en nada —llegado este momento— las obras que hacía siendo gusano (de seda), que era tejer poco a poco el capullo; hanle nacido las alas, ¿cómo se ha de contentar, *pu-diendo volar, andar paso a paso?*" (*Moradas*, p. 96) Machado revela en la última estrofa una facilidad extraordinaria para la síntesis y se ha lanzado anhelante a la conquista del castillo interior.

¿Qué conclusión puede sacarse de este hallazgo y análisis de textos? En primer lugar, el castellanismo de Antonio Machado, ya que sus fuentes de

inspiración son Jorge Manrique y Santa Teresa de Jesús. En cuanto a la admiración que siente por el autor de las *Coplas*, lo dice el escritor en el poema LVIII de *Soledades*. La admiración y atractivo que siente por Santa Teresa de Avila se deduce del cotejo de los textos estudiados, y lo confirma cuando se aclara la transposición realizada por el poeta con el lenguaje teresiano de las *Moradas*. Quiero dejar claro, sin embargo, que el parecido de textos no hay que llevarlo demasiado lejos: es un préstamo metafórico. Es una "conversión a lo humano" de los recursos de lenguaje empleados por Santa Teresa para formular conceptos distintos. Las vivencias o experiencias en que se apoya Antonio Machado para escribir "Anoche cuando dormía" son muy diferentes a las de la santa castellana. En aquél parecen reflejar una duda metafísica, de la cual, en este momento de creación poética al menos se esfuerza por salir recurriendo a la fe. Lo que me interesa recalcar aquí es que de la fusión de lenguaje y tema en el poema estudiado surge una síntesis extraordinaria de doctrinas reservadas sólo al escritor místico. En el poema se perciben las tres vías místicas, la purgativa, la iluminativa y la unitiva, pero son como un medio para comunicar un pasado triste, "las amarguras viejas", y así nos hace participar de su angustia existencial. En suma, el poema es una "conversión a lo humano" del lenguaje de Santa Teresa; mas ¿no se valió ésta también —como los escritores espirituales de la España Dorada— del lenguaje humano para expresar el amor divino?

Cuando en 1960, publiqué sin matizar tanto, este hallazgo algunos críticos opinaron que nuestro estudio era tendencioso. Acentuaba —según ellos— el interés por lo religioso y ofrecía, o presentaba una imagen deformada del poeta. Navarro Tomás, Bernardete, Angel del Río, Valbuena Prat y otros no pensaron así. Lo que yo quería hacer en aquel trabajo —y ahora quiero reiterar— era un intento para encontrar las fuentes literarias en que se habría inspirado Antonio Machado para escribir "Anoche cuando dormía". Sánchez Barbudo en una perífrasis generosa de mi explicación del texto ha ido mucho más lejos de lo que yo intentaba sugerir y exponer. Mi estudio no trata de establecer una comparación entre la santa abulense y el poeta castellano en un sentido estricto, pues no obstante la transposición de metáforas realizada en "Anoche cuando dormía", la comparación sería un tanto absurda. Santa Teresa y Antonio Machado se agitan en dos mundos distintos y, al enfrentarse con el tema difieren profundamente en sus actitudes. No le fue dado a la santa abulense renunciar a la ciencia adquirida por medio de una experiencia particular, sin destruir su propia personalidad y sofocar los conatos que la llevaron a reformar la orden carmelitana en unos tiempos en que la unidad tradicional de creencias se rompe en Europa. En la santa doctora abulense fundíanse los ideales de renunciamiento y de reforma interior en un anhelo de elevaciones divinas. Su actitud fue condición esencial para que la doctrina carmelitana, permeada del espíritu del Concilio de Trento, tuviera eficacia en la conciencia de los españoles de su tiempo. (Cf. A. Sánchez Barbudo, *Los poemas de A. Machado*. The Univ. of Wisconsin Press, Madison, 1969, pp. 115 ss)

En cambio, a pesar de los anhelos reformistas de Antonio Machado a que nos hemos referido, éste se batió en campos bien distintos. Lo que el poeta buscó fue armonizar su vida con las creencias de "escuela", las de la Institución Libre de Enseñanza. En su afán por reformar a su patria fue, co-

mo otros hombres del '98 a las obras de fray Luis de León, a la de San Juan de la Cruz y a la de Santa Teresa de Jesús. De la intensidad con que se entregó a esas lecturas pudo formarse en su subconsciente el deseo, de donde pudo originarse el sueño en que se funden ideales tan inesperados y, al parecer, tan opuestos a los de los escritores que componen su generación. No creo que en "Anoche cuando dormía" se rebase el nivel de un puro deseo, de una ensoñación o ilusión, como la describe el poeta. Ahora bien, si esta hipótesis fuera cierta, a este plano del ensueño habría que dirigir la cuestión sobre la coherencia con que resuelve Machado el caminar de su espíritu, ya que al contrastar la visión reflejada en "Anoche cuando dormía" con la de *Las Moradas*, se percibe una atmósfera distinta. El poeta recoge más adelante la melodía de la última estrofa de "Anoche cuando dormía" en el poema XXI de *Proverbios y Cantares*:

Ayer soñé que veía
a Dios y que a Dios hablaba:
y soñé que Dios me oía...
Luego soñé que soñaba.

D. Antonio suspira por algo que no logra alcanzar. ¿No sería la fe?

Para cerrar estos comentarios querría recordar las palabras citadas anteriormente, aquellas en que Machado comenta el valor del lenguaje empleado por Cervantes en su *Don Quijote*: "Cervantes es en este primer plano (del lenguaje) de su obra, la antítesis de Teresa de Avila. *En la santa lo rico no es el lenguaje, sino lo que pretende expresarse con él; la materia con que labora Teresa es su propia alma; la materia cervantina es el alma objetivada ya en la lengua de su siglo...*"

En esta conferencia he tratado de poner énfasis en el afán de reforma, de renovación que siente Antonio Machado. Ese afán y esa voluntad que impulsan su acción no pudo limitarse a la creación solitaria, aislado del mundo que le rodeaba, ya que quien vive dentro de sí mismo en vano laborará para hacer germinar sus doctrinas. El poeta trabaja, estudia, insiste una y otra vez, pero con simpatía y reflexión serena. La intuición predomina en sus escritos, pero en su modo de actuar se advierten los lazos que le atan a los demás. Hace, en consecuencia, incursiones en el alma y en el momento psicológico de los otros, y se ingenia por conseguir de ellos el máximo de concretez, basándose en el amor a su patria, a su cuerpo y a su alma, a su intrahistoria. Por medio de este amor comprende al otro, busca la *Otredad* —como él nos dice—. Claro es que el poeta se da cuenta de que la renovación, para que sea eficaz, ha de empezar por uno mismo y por eso va a las fuentes y propone los modelos a seguir: recurre al pensamiento de sus educadores, a la historia de España, al "inmenso Jorge Manrique", a los espirituales españoles, a Santa Teresa de Jesús. Lo que sorprende es que al hacer esto, el poeta actúe como si quisiera colocarse en un escalón inferior al de los que desea convencer y llega a conseguirlo en gran parte no con superioridad intelectual y social sobre los demás, sino que parece querer ganarlos presentándose como uno de ellos. Esa actitud sería parcial, egoísta, si manara sólo de la fantasía; pero es universal porque tiene su origen en el amor.

El mensaje de Antonio Machado a los españoles en estos tiempos de

confusión ideológica podría resumirse en las encendidas palabras que pone en boca de su maestro Giner de los Ríos:

Sed buenos, sed lo que he sido
entre vosotros: alma...

En el centenario de la muerte de Santa Teresa el mensaje de Antonio Machado para nosotros podría interpretarse así: Meditad en la obra y admirad la personalidad de la santa castellana: “¡Teresa, alma de fuego...!”